

# La trayectoria del Caballo Vacceo

*Restituto Blanco Ordás*

Nunca animal alguno ha estado tan cercano al hombre y le ha servido tanto como el caballo. ¿Qué tiene de extraño que el hombre le haya rendido honores? Recordemos a los dioses caballo: Epona de los celtas, Hippona de los romanos y al divino Demeter de Arcadia. Y a los políticos como Incitatur, al que su dueño, Calígula, le nombró cónsul. También mártires han sido los caballos vacceos sacrificados para calmar el hambre de los numantinos. Y en la guerra, héroes como Bucéfalo de Alejandro Magno y Babieca del Cid. Y no olvidemos los caballos de la Paz que apacientan en los prados, como signo de sosiego y de tranquilidad. Y en nuestros sueños lo vemos alado, unicornio, centauro y progrifo.

Y sin embargo, qué olvidado tenemos el caballo vacceo, nuestro caballo, que ayudó tanto a formar La Celtiberia, hoy Castilla y León, luego en la Reconquista y después en Las Américas. Aún ahora sus genes se dejan ver en los andares de los caballos incas y en la viveza de los caballos toreros.

Valgan estas líneas para avivar su recuerdo.

El origen del caballo se remonta a épocas tan remotas que su filiación sólo se ha podido rastrear gracias a la impronta dejada con sus fósiles.

Dicen que, en un principio, era del tamaño de un zorro pero noble, muy noble, que tenía cinco dedos en cada pata, al igual que en origen presentaban todos los mamíferos, y que su alimento preferido era la hierba fresca.

Sucedía esto hace unos setenta millones de años, en los albores del terciario, era geológica en la que los mamíferos se impusieron a los reptiles, y mucho antes de la aparición del hombre sobre la tierra. Así lo indican unas formas fósiles halladas en distintos lugares del mundo, que, según los paleontólogos, pertenecían al *PHENACODUS*, un pequeño mamífero en estado evolutivo que presentaba muchos puntos comunes con el caballo actual.

Aquel diminuto preéquido se veía, al parecer, tan vulnerable y asustado, que de su escondite en los límites del bosque salía "de puntillas" a comer en la pradera, favoreciendo así el crecimiento desmesurado del dedo medio de cada pie, mientras los otros cuatro iban desapareciendo por falta de uso.

A grandes rasgos, el paso de preéquido a caballo se desenvuelve a través del periodo terciario en un tiempo de al menos sesenta millones años que, iniciándose en el eoceno con el diminuto *PHENACODUS* de cinco dedos se va sucediendo en etapas más o menos largas en las que van apareciendo el *EOHIPO*, con cuatro dedos y del tamaño de un carnero, el *PALEOTHERIUN*, como un perro danés y con tres dedos y el *ACHITERIUN*, con el dedo medio muy desarrollado, seguidos de otras formas en las que las modificaciones más notables siguen afectando esencialmente a la disminución de los dedos, al tamaño del cuerpo y a los miembros, cuyos huesos de base se van alargando mientras otros desaparecen o se sueldan entre sí buscando la verticalidad y la unidad funcional que favorezca la adaptación a la carrera y permita, al menos, competir en velocidad con los depredadores inmediatos. Al final, como último eslabón de la cadena evolutiva surge el *PROTOROHIPPUS*, caballo hecho, que hace un millón de años se asoma al cuaternario conviviendo con el hombre.

Una convivencia que, con sus luces y sus sombras, se iría haciendo cada vez más cercana, sobre todo en los difíciles tiempos de las grandes glaciaciones pleistocénicas y sus cálidos intermedios, cuando el hombre y el caballo intentaban sobrevivir en condiciones adversas.

Testigos de estas cercanías entre el hombre y el caballo, son los restos que de ambos han sido hallados muy próximos en Atapuerca. Y unos milenios más tarde, en el arte rupestre, los cazadores-pintores del paleolítico con sus lascas y pinceles idealizaban al caballo grabando y pintando su figura en las paredes de las cercanas cuevas de La Griega (Segovia) y La Pasiega (Puente Viesgo). Y mucho más cerca, dentro de lo que llegaría a ser territorio vacceo, en el Cerro de San Isidro del pueblo segoviano de Domingo García, donde destaca la maravillosa figura de un gran caballo piqueteado sobre la superficie rocosa de un abrigo al aire libre; aunque, al final, acuciado por el hambre, el espíritu cazador del hombre se impusiera al de artista, terminara comiéndose los modelos y aprovechando la médula de los huesos para la preparación de las pinturas.

Por todo ello se sabe que hace más de medio millón de años existían caballos en la Meseta Superior de la Península Ibérica, como también es cierto que al final de la última glaciación, el Wurm, debido a una brusca mejoría del clima hacia preboreal, que favoreció el crecimiento de los bosques, ahogando los pastizales, acompañado, además, de una gran presión de las fieras y del hombre o por hechos como el diluvio de Noé, que invocan algunos y que señala J.M. Davis en su "Arqueología de los Animales", los caballos, al igual que todos los herbívoros de más de ciento cincuenta kilos de peso, a excepción de los bisontes, se fueron extinguiendo en todo el mundo once mil años antes

de nuestra era. En el continente americano la extinción de los grandes herbívoros debió ser más rigurosa que en Europa y Asia, aunque, contemporánea e idéntica en la causa alcanzando plenamente a todos los équidos indígenas especialmente a los caballos descendientes del primigenio *Hipparión*, signo fósil americano del terciario que se extinguieron totalmente al igual que el elefante, el rinoceronte y el resto de la megafauna herbívora monogástrica incapaz de adaptarse a una alimentación basada en unas pobres especies de hierbas resultantes del cambio climático mundial del final de la última glaciación. Contrariamente, el bisonte poligástrico rumiante se extendió considerablemente al poder aceptar la poca variedad de hierbas que les ofrecían las praderas post-glaciares americanas. En Sudamérica la extinción fue más severa, afectando hasta el 80% de las especies, fuesen o no herbívoras, tales como el tigre de los colmillos de sable y algunas especies de aves y reptiles.

Sin embargo, aunque se extinguieron incluso especies completas y géneros enteros de animales incapaces de hacer frente al cambio climático y geológico, otros sobrevivieron, adaptándose a los cambios o emigrando en busca de condiciones más favorables. Tal fue el caso de un reducido grupo de caballos que, refugiados en las estepas asiáticas, habituados al clima extremo en sus temperaturas y al ingerir la pobre flora herbácea que les ofrecía aquel medio, lograron sobrevivir al cambio climático. Gracias a ellos fue posible repoblar de caballos la Tierra.

Aunque, según Aparicio "no existe conformidad de las formas cuaternarias que han dado lugar a los tipos conocidos de équidos", sí está reconocido, entre otros antecesores la presencia del Tarpán, que ha existido en estado salvaje en las estepas asiáticas hasta su extinción en el siglo pasado, dando origen a los caballos de perfil netamente rectilíneo, y por consiguiente al caballo vacceo que se distingue por su silueta claramente tarpánica.

Normalizado el clima, 9000 a 7000 a. C., aquellos caballos asentados en las estepas asiáticas fueron saliendo en oleadas sucesivas a colonizar de nuevo el resto del mundo, a excepción del continente americano que, por su particular aislamiento, no volvería a contemplar caballos en su suelo hasta pasados otros siete milenios, cuando fueron llevados desde la Península Ibérica de la mano de Cristóbal Colón, y con el especial apoyo de los Reyes Católicos de España.

A la Península Ibérica, los caballos habrían vuelto después del Neolítico acompañando a las primeras oleadas de repoblación, siguiendo dos cami-

nos distintos que, separados en la distancia y en el tiempo, fueron modelando a su paso características raciales, diferentes en los caballos que los siguieron.

Una vía migratoria, partiendo de la meseta del Pamir, pasaría por el sur del mar Caspio y, atravesando Persia, Arabia y Palestina, llevaría el caballo, ya domado, al Egipto de los faraones, dónde en 1700 a.C. aparece enganchado en el carro de dos ruedas, tal como se ve grabado en los muros del templo de Luxor evocando, quizás, la hazaña de Ramses II cuando, encontrándose solo con su escolta de 75 carros, logró diezmar a doscientos cincuenta Hititas.

Siguiendo por el norte de Africa, las características del caballo se fueron estilizando y fijando al contacto con las tribus del desierto que lo adoptaron y amaron muchos siglos antes de Mahoma, y que, hacia el siglo XII a.C., un pueblo beréber que, según M. Abad, se llamaba a sí mismo chilab o tamazige y poblaba el norte de Africa lo introdujo al sur de la Península Ibérica, donde se le conoció como Caballo Ibero. "Más tarde fue seleccionado y mejorado por los árabes del Califato, que obtuvieron el caballo Al Andalus, al que en los reinos cristianos de la Reconquista, según Fernández Andrade, se reconoció despectivamente como morucho, moruno y morisco".

En otra oleada de expansión procedente también de las estepas del Techo del Mundo, datada hacia el principio del Holoceno entre 8000 y 7000 a. C., los caballos, acompañados de otros animales herbívoros y del hombre, se fueron estableciendo temporalmente en los puntos húmedos de las llanuras de Kazakztan y de la Phartia, donde, cinco mil años antes de Jesucristo, fueron domesticados adquiriendo el paso portante en ambladura, que caracterizaría para siempre al caballo vacceo y a sus descendientes.

Por el norte del Mar Caspio, estos caballos se fueron extendiendo por las cuencas de los grandes ríos europeos y, atravesando los Pirineos, contribuyeron a la expansión de la cultura indoeuropea en nuestra Península, donde aparecen al final de la Edad del Bronce acompañando a las grandes oleadas protoceltas del siglo VIII a. C., que colonizaban la Meseta Superior y los territorios norteños de la Península.

Con aquellas gentes llegaron dos morfotipos de caballos de parecidas características, el *asturcón* y el *thieldón*, que se diferenciaban, esencialmente, por el mayor tamaño de este último.

Mientras que los asturcones se distribuyeron por las montañas y los verdes valles del norte peninsular, dando origen a los pequeños caballos de los pueblos galaicos, astures, cántabros y vascones, el caballo thieldon, también conocido como tieldo, fieldo y celdo, según reza en los Códices de Plinio se

asentó en las planicies mesetarias, conociéndosele por ello con el antiguo nombre del caballo de las mesetas españolas.

Los thieldones eran unos caballos desgarrados, de tamaño medio, tendiendo a la subelipometría, cabeza grande de perfil recto, patas delgadas, grandes cascos, y su capa, atabanada (oscura), presentaba pintas blancas en los hijares y en el cuello; pero la expresión más significativa de este caballo era su paso portante, en ambladura. Una traslación oscilante heredada de los caballos partos, que consistía en mover a un tiempo las dos patas del mismo lado, como la jirafa, y no en cruz como lo hacen en general el resto de los cuadrúpedos, provocando así al andar, un suave balanceo similar al amblar del dromedario que resultaba muy cómodo para el jinete.

Vegencio y Varron afirmaban que esta manera de caminar se enseñaba a los caballos. Un paso portante al que estos escritores llamaban igualmente "tolutin ambulare", cuyo significado es corriendo con ligereza, y al que Plinio denominaba "tolutin ire", es decir, al trote.

Los thieldones fueron mayoritariamente los caballos de los vacceos. Un pueblo que según Polibio llegó a la cuenca del Duero Medio con las últimas incursiones célticas, desalojando de este solar a otra tribu anterior que ostentaba el fabuloso nombre de los Seafes (serpientes) y ocupando lo que hoy es la provincia de Valladolid completa y parte de las de Palencia, Burgos, Segovia, Avila, Salamanca, Zamora y León, fijando su capital en Pallantia.

Las primeras noticias que tenemos de los vacceos datan del siglo II antes de Jesucristo debidas a Polibio, quien describe las campañas de Aníbal para tomar las ciudades de Helmántica (Salamanca) y Abucela (Toro), en las que destaca el valor de estos pueblos y ensalza su caballería hasta el punto que decide llevar de estas tierras doce mil caballos con sus jinetes y pertrechos con el fin de poder vencer a los romanos. Requisas, expolios y tratos concertados sobre estos famosos animales eran constantes en aquellos tiempos, debido a la fama universal de que gozaban los caballos hispanos. Por este motivo, lo mismo que hacían otros jefes militares durante las guerras celtibéricas, Sertorio mandó al Prefecto Cayo Insteyo a Segovia y al país de los vacceos a reclutar caballos, y en el año 49 antes de Jesucristo, Afronio recaba de las tribus del interior caballería y tropas auxiliares. Del mismo modo, también estaban muy solicitadas las mulas nacidas de los numerosos atajos de yeguas que existían en la Celtiberia.

Hacia el siglo III a. de C., sobre el substrato indígena-céltico propio de las gentes de la Meseta, incide de una manera decisiva otra cultura más evo-

lucionada aportada por gentes íberas procedentes de la vertiente mediterránea y que, por el Ebro, va contactando con los grupos célticos, dando origen a la cultura celtibérica, que agrupaba vacceos, arévacos, bellos, titos y lusones. Más que una invasión íbera, fue un intercambio recíproco de culturas que nada incidió en la pureza étnica de los caballos vacceos; aunque sea frecuente que los cronistas romanos empleen la denominación de celtibérico al referirse al caballo vacceo propio de estos pueblos, especialmente de los más occidentales arévacos y vacceos, vecinos y hermanados en una misma cultura, y que solían intercambiar sus caballos thieldones con los asturcones, de los pueblos cántabros y astures, y no con los caballos de los pueblos iberos.

Diodoro consideraba a los vacceos como el pueblo más culto de la Celtiberia, que practicaba el colectivismo agrario, y dónde su bien máspreciado era el caballo, utilizado en la labranza, en el transporte, en la guerra, desde el punto de vista ritual y, también con frecuencia, como fuente de alimentos.

En Tariego, en el solar de lo que fue un importante Castro vacceo, al hacer una zanja para cimentar un edificio, hace unos cuarenta años, entre restos de cerámica pintada de clara procedencia de la cultura vacceo-arevaca, donde dominaban los motivos geométricos de rayas y rombos, aparecieron dos pequeñas cabezas de caballos que tuvimos la oportunidad de fotografiar, una de ellas con las crines pintadas. Bien pudieran tratarse de exvotos utilizados en algún acto ritual; pues entre los pueblos célticos era normal la existencia de santuarios dedicados a una divinidad de los caballos.

Y, por las mismas fechas, en una gravera del páramo Castro, próximo al cotarro de la Mota, una excavadora se llevó por delante lo que resultó ser, según los expertos de la Diputación Provincial, un poblado de pastores, satélite del Castro de Tariego citado. Al retirar la primera capa de tierra, aparecieron unos hoyos rodeados de unos grandes cantos rodados y, en su interior, cenizas y huesos de varias especies de animales como corzos, ciervos y caballos jóvenes, que pudieran ser los restos de alguna comida hecha con animales cazados en los montes cercanos en los que, en aquellos tiempos, existían caballos asilvestrados que, posiblemente, se habrían escapado del Castro próximo dónde la abundancia de caballos era manifiesta, como se apreciaba hace años por la cantidad de huesos de caballos, muy pocos bóvidos, que afloraban después de la arada en las tierras de la llanura de Carrodueñas, lugar donde debió existir un poblado de labradores dedicado a la molienda industrial de trigo, deducido por la gran cantidad de fragmentos de molinos de vaivén o de naveta que se veían en los majanos de las fincas adyacentes. Aunque ante la abundancia de estos restos también hay que considerar que este cereal constituía la

base de la alimentación humana, por lo cual en todas las viviendas existían estos molinos harineros.

A mediados del siglo II a.C., cuando el pueblo vacceo gozaba del mayor esplendor, su tranquilidad se vio turbada, al igual que todos los pueblos de la Celtiberia, por la invasión de las legiones romanas, dando lugar al inicio de las guerras celtibéricas que asolaron La Meseta Superior durante un cuarto de siglo. El gran historiador Polibio comparaba las guerras celtibéricas con el incendio de un bosque que resurge en llamaradas cuando se le supone dominado, y le daba una duración de 20 años.

Durante aquellos belicosos tiempos, cada ciudad fuerte vaccea disponía de miles de caballos dedicados exclusivamente para la guerra. Eran aquellos "keltiberes" que, al decir de Poseidonio, tenían el pelo atabanado, eran de pequeña estatura y, tan veloces y bellos en la carrera, que asombraba a los romanos, por lo cual con frecuencia eran llevados a Roma para exhibirlos en el circo, donde alcanzaron muchos éxitos y galardones.

El porte, la doma y la velocidad de aquellos caballos unido a la fecundidad de las yeguas, dio origen a su mitificación por los romanos como "hijos del viento", inspirados acaso, en la fábula referida por Plinio y que también recoge Virgilio en Las Georgias sobre las yeguas de la vecina Lusitania: "Las yeguas vueltas hacia el viento favonius respiran sus fecundas áureas preñándose de este modo, los potros que nacen salen rapidísimos en la carrera pero sólo viven tres años". En realidad era tanta la multitud de las yeguas, y tan veloces los potros nacidos, que como repite Plinio, "no sin razón parecen concebidos por el mismo viento".

Plinio, en sus textos, también nos recuerda que "el paso de los caballos vacceos era muelle debido al movimiento simultáneo de las dos manos del mismo lado y por eso se les educaba a marchar en ambladura. Y, como su finalidad era primordialmente bélica, les tenían muy bien amaestrados, aprovechando estas cualidades en los constantes entrenamientos a que eran sometidos, de tal forma que respondían de forma rápida y eficaz las ordenes dadas por el jinete, estableciendo así una unidad funcional de estímulos y respuestas, provocadas por rodilla, muslo y voz del jinete y obediencia ciega del caballo, sin la necesidad del uso del bocado, espuelas y riendas, que apenas existían, o al menos no son frecuentes en las excavaciones realizadas en los cercanos yacimientos, y que, en todo caso, no serían útiles en la lucha, al tener el jinete las manos ocupadas con el arco y las flechas o con la jabalina y el escudo, como se aprecia en estas y cerámica pintada procedentes de Numancia y otros yacimientos.

Polibio en uno de sus textos nos habla de que “los celtíberos llevaban una estaca férrea que clavaban en el suelo para sujetar los caballos mientras combatían a pie con la infantería en caso necesario”.

Los entrenamientos a los que eran sometidos los caballos vacceos eran especialmente duros, sobre todo en el arte militar de la guerrilla, obligándoles a escalar montañas y a flexionar las patas con el jinete montado y, en esa posición, estar ocultos para poder atacar en el momento oportuno, saltando de repente, cuando menos lo esperaban los romanos y desapareciendo veloces cuando se les perseguía, evitando las batallas. Esta estrategia que tanto cansó a los romanos, era solo posible con una caballería montando los ágiles caballos del país, tan duros y sobrios como eran los famosos thieldones, habituados a escalar las empinadas y escarpadas laderas que separaban las resacas parameras cerrateñas, pobladas de robles y encinas, y que por su especial doma obtuvieron gran protagonismo en la guerra contra los romanos, alcanzando victorias espectaculares, "incluso sin jinete".

Tal sucedió cuando el general romano Lúculo intentaba el asedio a la ciudad vaccea de Intercatia, que disponía entonces de dos mil caballos y que, al igual que otros días, habían salido a buscar pastos, antes de la llegada de los romanos. Al regresar, ya anochecido, y encontrar cerradas las puertas de la fortaleza, los caballos, asustados, rodeaban la ciudad dando brincos y relinchos atemorizando a los legionarios romanos y al confundido Lúculo que, temeroso de una celada, ordenó la retirada sin completar el cerco.

Sin embargo, y a pesar del riguroso entrenamiento a que era sometida la caballería celtibérica, también era susceptible de sentir pánico en situaciones extrañas, como se lee en un interesante texto que escribía en el siglo II a.C. el historiador griego Appianos de Alejandría y que recoge también García Bellido. La acción tuvo lugar hacia el año 153 antes de Jesucristo, con ocasión de las campañas emprendidas por el cónsul romano Nobilior contra los numantinos. "... Como hubieron llegado trescientos jinetes nómadas más diez elefantes, movió al ejército contra el enemigo, llevando ocultas en la retaguardia las bestias. Al producirse el encuentro, abrieronse las filas de hombres y aparecieron las bestias; entonces los celtíberos, tanto hombres como sus caballos que hasta entonces no habían visto elefantes en la guerra, se aturdieron y huyeron aterrorizados hacia la ciudad. Nobilior condujo los elefantes hacia las murallas y allí un elefante herido con una gran piedra en la cabeza se enfureció, y bramando en gran manera volvióse a las filas de sus propios dueños matando a cuantos encontraba sin distinguir entre amigos o enemigos y entonces sobrevino la huida desordenada de los romanos que aprovechó la caballería

numantina para salir en su persecución, matando tres de las bestias y cuatro mil romanos".

Otra gesta de la caballería vaccea en la que demostró su preparación para la guerrilla, fue en la sangrienta batalla de la llanura de Coplano, que Apiano data en el verano del año 134 a. C. y Watemberg sitúa enfrente de Tariego, por entonces un Castro Vacceo muy importante para la defensa del noreste palentino. Una planicie entre los ríos Pisuerga y Carrión, cerca de su confluencia, donde hoy está situado Venta de Baños, por donde subía confiado él ejército de Escipión, ya que en aquella ocasión no venía con intención de conquista, sino para recolectar, en su provecho, el trigo ya maduro de los sembrados vacceos.

Inesperadamente, por detrás de unas colinas, aparecen al galope pequeños grupos de la caballería vaccea que cargan separadamente sobre el ala mandada por Rutilo Rufo, que era a la vez cronista de aquella expedición. Y, aunque los romanos formaron el cuadro con las lanzas delante y los arqueros detrás, los jinetes vacceos, tras lanzar sus flechas y jabalinas a distancia, como era costumbre de los arqueros párticos, desaparecían veloces en busca de nuevas armas para repetir la suerte por otro lado. Fueron tantas las bajas y tanto el desorden en las filas de Rutilo, que Escipión acude en su ayuda y decide buscar la defensa en las alturas al otro lado del río que, para su desgracia, resultó profundo y fangoso, donde se hundían los carros con las provisiones y el trigo robado, al mismo tiempo que aumentaban las bajas en las filas de los legionarios romanos debidas al continuo hostigamiento de los caballeros vacceos, que no cesó hasta que las tropas romanas se perdieron por las parameras del Cerrato, donde siguieron las penalidades al escasear el agua en los pobres manantiales que brotaban de los resechos bocacerrales calizos, muchos de ellos de agua salobre en aquel cálido y seco verano, por lo que los romanos se vieron obligados a ampliar los manantiales y abrir nuevos pozos, y a caminar de noche para calmar la fatiga y la sed. Aún así muchas caballerías murieron de sed antes de alcanzar el río Duero.

Muchos años antes de este encuentro bélico citado, y de que aquella fértil vega sirviese de escenario para la batalla y fuera visitada por vacceos y romanos, ya había sido llamada a la historia por un mítico manantial que brotaba y sigue brotando en el declive que va hacia el río Pisuerga, y que, descubierto por primitivas tribus celtas, rememoraban en su entorno costumbres de su añorada Europa, conjugando las virtudes purificadoras del agua y del fuego, manantial y hoguera, en sus celebraciones del solsticio de verano, día de San Juan. Se trataba, al mismo tiempo, de la purificación del caballo, haciéndole

pasar sobre la hoguera para proteger al animal y a su jinete de las epidemias. Un rito pagano de clara reminiscencia céltica que aún se viene haciendo hoy con el caballo de raza Camarga en la cuenca del río Ródano y en otros lugares de Europa. También aquí en Baños de Cerrato, lugar del salúfero manantial, pudimos presenciar en la hoguera de San Juan de hace medio siglo la repetición de la escena por un mozo del pueblo y su caballo.

Mas tarde, cuando los romanos dominaban toda la región, influenciados quizá por el culto a las fuentes que profesaban los celtíberos y, creyendo en el poder curativo de sus aguas, edificaron al lado de la fuente unas termas, un templo a Esculapio y un edículo dedicado a las ninfas del manantial. En su entorno, para explotar los ricos terrenos, surgieron las villas romanas de Los Nogales, Posídica y Hontoria, en las que se ha descubierto magníficos mosaicos, algunos con expresivas cabezas de caballos.

Y fueron también aquellas míticas tradiciones célticas las que, conocidas por el rey Rescesvinto cuando venia cansado y enfermo de aplacar a los vascones, indujeron al monarca a buscar descanso al lado de la salúfera fuente y aplacase la sed bebiendo sus aguas. Fuese por el descanso o por el efecto curativo real del manantial, las crónicas aseguran que se curó de su litiasis renal. En agradecimiento, y a instancias de su esposa Recibergera, el rey visigodo mandó erigir en las proximidades la fuente y en el año 652 d.C., un templo en honor del precursor S. Juan que hoy conocemos como la basílica de San Juan de Baños.

Volviendo al hilo de la historia del caballo vacceo, en el año 72 antes de Jesucristo, arrasada Pallantia por Pompeyo y finalizadas las Guerras Celtibéricas, la mayoría de los caballos vacceos y sus jinetes pasaron a formar parte de las legiones romanas, mientras otros escapaban hacia tierras astures, cántabras, basconas y galaicas para unirse a sus hermanos de origen, los asturcones, posibles ancestros de los menudos caballos galaico-astures, losinos y vasco-navarros, cuyo origen thieldón se conserva, según Shulten, en el vocablo vasco zeldi o celdo, como se aprecia en el Baionaco Zeldi o caballo de Bayona. En la Edad Media, el caballo thieldón también gozó de mucha fama en Europa por su paso portante y viveza, llegando hasta Alemania donde se le conoció con la voz germánica "zelter".

En los nombres con que designan al caballo unos y otros pueblos, notamos las mismas raíces de origen pastoril indoeuropeo, tanto de la rama germánica como de la celta que terminaría fusionandose con la latina dando un paso importante con el empleo del caballo en el desarrollo de la civilización de los

pueblos europeos. Al decir de Tacitus, "los germanos tenían numerosos rebaños, sus caballos eran, no de gran alzada pero sí de mucho temperamento".

Otros caballos vacceos, escapados de la Celtibérica ya romanizada, se fueron asilvestrando por los montes de León y de Cantabria especialmente en los valles de los Picos de Europa, donde han conservado durante siglos las particularidades raciales del thieldon y su paso portante.

Muchos años después de que Hispania fuese totalmente anexionada a Roma de Augusto, cuando la Meseta Superior disfrutaba de la paz y tranquilidad en la década sesenta de la nueva Era, la caballería vaccea "considerada por los generales romanos como excelente y envidiada y de que las fuentes literarias romanas resaltasen la calidad de sus caballos" se vio implicada en uno de los importantes acontecimientos de la historia de Roma, iniciada en la ciudad de Clunia, cuyas ruinas se encuentran cerca del actual pueblo burgalés Coruña del Conde. Una próspera urbe que fue primero un destacado establecimiento arevaco, convertido más tarde en Cabeza de Convento Jurídico romano, donde se hallaba refugiado el Gobernador de La Hispania Citerior Servio Sulpicio Galba por haber tomado parte en la conspiración contra Nerón. En aquella situación, Galba contaba únicamente con la Legio VI Victrix para un posible enfrentamiento con las fuerzas del Emperador, por lo que decide crear una nueva, la Legio VII, considerada más tarde como la más española de las legiones romanas al estar compuesta por 6.000 legionarios de a pie y 200 de a caballo, todos ellos, hombres y caballos, nativos de la región. Valorando, quizás la participación de tropas indígenas vacceas como posibles oponentes a las romanas. La acción bélica resultó innecesaria al recibirse en Clunia la noticia de la muerte de Nerón.

El día 4 de los idos de junio correspondiente al 10 de junio del año 68, la Legio VII Galbiana, como la apellida Tacitus, recibe en Clunia las Águilas e Insignias y, seguidamente, Galba con el Cuerpo de Ejército recién formado, se dirige a Roma para ceñir la diadema imperial y ser proclamado Emperador.

Hacia finales del 74 o poco antes, después de varias campañas por Italia, Hungría y otros países europeos, la Legio VII Gemina Galbiana se dirige a sus tierras de origen en La Hispania, estableciendo su campamento al norte de la región vaccea, en un altozano limitado por los ríos Torío y Bernesga, muy cerca de su confluencia. El fin era proteger los territorios romanizados y sus explotaciones mineras. Desde entonces la Legio VII sería la única legión existente en La Hispania. Alrededor del campamento surge una población compuesta por los legionarios jubilados, sus esposas y sus hijos, comercian-

tes, cantineros y de otras profesiones, a la que los romanos denominaban la "cannaba legio", de donde tomó su nombre la ciudad de León.

En la Edad Media, "cerca de los Picos de Europa, se creó la yeguada de Valdeburón donde, según Casas, se criaban buenos caballos thieldones o celdones, los que dieron lugar a la raza Castellano-leonesa, cuyos caballos eran poco armoniosos y, como descendientes del Thieldón, practicaban el paso portante sirviendo tanto para la silla como para la carga".

A lomos de estos fuertes caballos, con sus atalajes, corazas, escudos y "tizonas", (unas doce arrobas de peso), los caballeros cristianos frenaron en el año 711 la embestida del caballo mongólico-berberisco, lanzado por los árabes como punta de lanza para la propagación del Islam en la España visigoda, y continuaron siendo un apoyo decisivo en el continuo batallar y el logro final de la Reconquista de España.

Rechazada la invasión árabe, y como consecuencia de la compra incontrolada de caballos foráneos para las necesidades de la guerra, mas los berberiscos, abandonados por los vencidos, y la nefasta influencia de los caballos germánicos dejados anteriormente por los visigodos, la caballería española se veía como un desordenado mosaico de razas, perfiles y colores, lo que obligó a los Reyes Católicos a reorganizar tal situación dictando normas muy duras para proteger la cabaña equina, prohibiendo vender, comprar, dar y trocar ganado caballar fuera de sus reinos bajo multa de hasta 10.000 maravedíes; y creando la Caballería Ligera, con caballos andaluces seleccionados de la Yeguada de Almanzor en Córdoba, que, mejorada sensiblemente por los Reyes Católicos, se transformó en otra importante Yeguada Nacional, y la Caballería Pesada en la que entraban mayoritariamente los caballos castellanos descendientes de la Yeguada de Valdeburón, muchos de los cuales aún conservaban el paso portante.

De estos últimos animales fueron las 17 yeguas y caballos escogidos por Colón para llevar en su segundo viaje a repoblar Las Américas, al haber observado en su primera expedición de 1492 la ausencia de équidos en el Nuevo Mundo. Posteriormente los envíos de caballos se sucedieron regularmente.

Carlos I insistió en las prohibiciones dictadas por sus antecesores los Reyes Católicos y, durante su reinado no existieron problemas en cuanto a la calidad y cantidad del ganado, pero sí se tienen noticias de una gran abundancia de caballos andaluces y berberiscos y la creación de una Ganadería de origen berberisco llamada Los Guzmanes. Por este motivo, los caballos castellanos fueron desapareciendo del Ejército Nacional y dedicados, en mayor medida, para ser enviados a las colonias de ultramar. Por aquellas fechas la cabaña

equina en América era lo suficientemente numerosa para abastecer de caballos las necesidades de los conquistadores, permitiendo, al mismo tiempo, por su aislamiento, la conservación de los caracteres genéticos del caballo castellano, especialmente su bella forma de caminar en ambladura, que aún aparecía de vez en cuando en algún caballo de las colonias, mientras que en la Península el caballo castellano estaba ya en franco camino de su extinción.

El estupor y la sorpresa que la presencia de los caballos causó entre la población indígena sudamericana debió ser enorme, rayando lo sobrenatural, según queda reflejado, en el episodio de "aquel caballo herido regalado por Cortés al rey Canek de los itz'aaes junto a un lago bellissimo de Guatemala. Murió y los indios hicieron una estatua de madera y le rindieron honores".

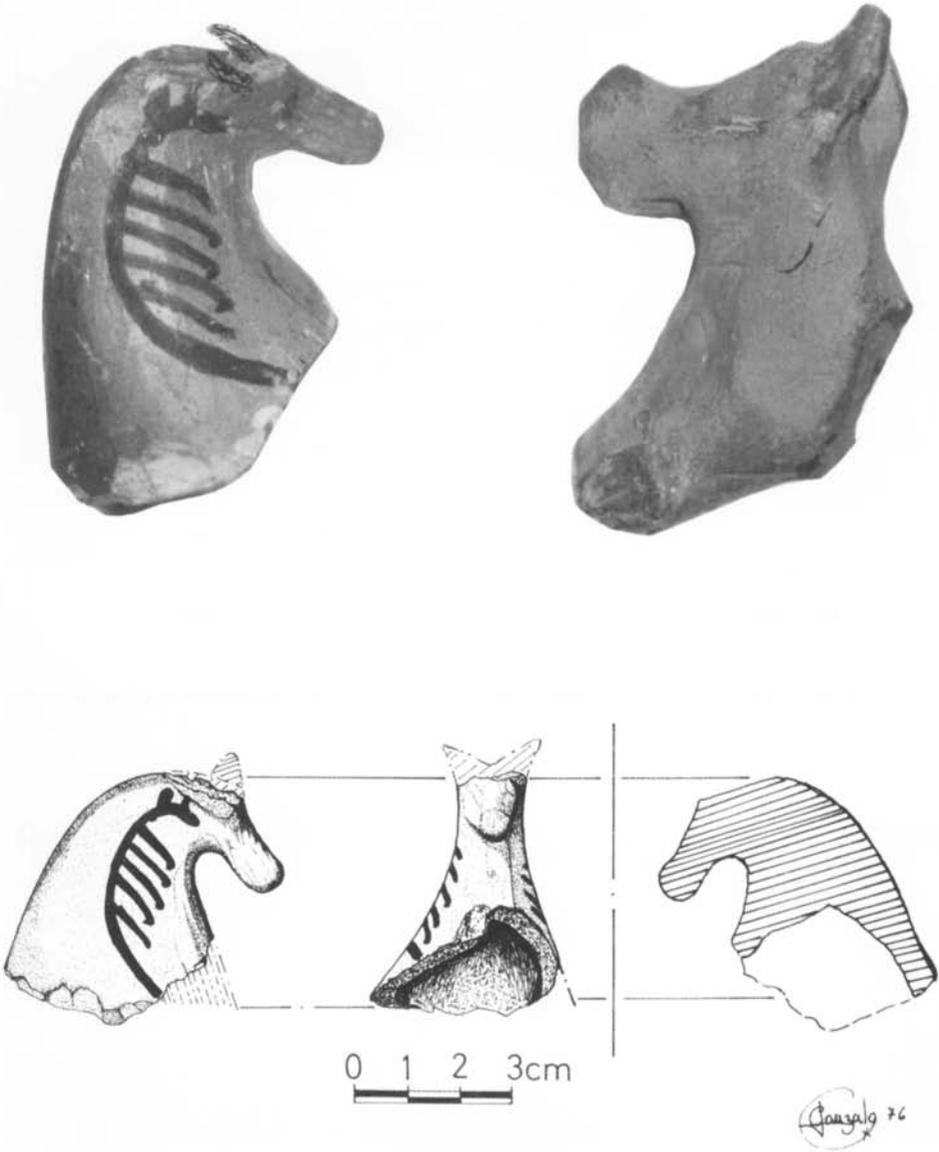
Sin la ayuda prestada por los caballos en las campañas de América, las batallas habrían resultado mucho más duras, y más costosas en tiempo y vidas humanas, pues, como Cortés relataba en su segunda Carta de Relación: "no teníamos otra seguridad después de Dios que los caballos".

Con el paso del tiempo, generaciones de caballos descendientes de aquellos castellanos que Colón llevó para repoblar las Américas, fueron colonizando de norte a sur, las praderas del Nuevo Mundo, donde hoy afloran sus características entre los caballos nativos, desde el desgarrado caballo criollo hasta el Palomino de doble historia, pues la de su nombre nació del regalo que hizo Cortés a Juan Palomino y la del color de su capa isabela (blanco-amari-lento), dicen que viene del color que tenía la camisa de la reina Isabel al terminar la toma de Granada, al haber prometido no mudarse de ropa hasta ver rendida la ciudad. También el Pony de las Montañas Rocosas tiene su historia, pero lo dejaremos en su ascendencia española. Y no olvidemos la del salvaje Mustang, cuyo nombre deriva del español mesteño y que, introducido por los conquistadores y criado por los indios, sirvió, alimentó y combatió a pieles rojas y colonos y que tanto juego ha dado en las películas del Oeste.

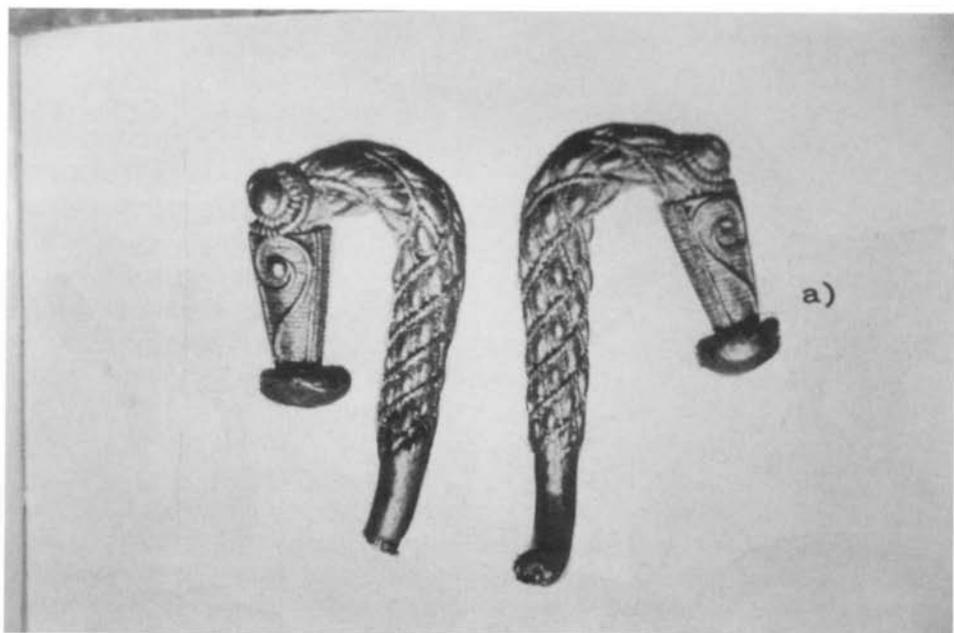
Pero, entre toda la variedad de razas, subrazas y tipos a que dieron lugar los caballos Castellanos llevados por Cristóbal Colón a las Américas, testigos que fueron de una época legendaria que ha inspirado leyendas y originado mitos, hay una variedad, la más especial y significativa que se encuentra actualmente en el Altiplano de Perú. Nos referimos a la raza Paso Peruano, caracterizada por su caminar en ambladura, tradición secular heredada y sostenida desde los tiempos de Hernán Cortés, que nos lleva a recordar el paso portante en ambladura y el carácter ancestral del inolvidable caballo thieldon vacceo.

**Bibliografía**

- DAVIS, J.M., *Arqueología de los animales*.
- ABAD GAVIN, *Historia del caballo castellano*. Veterinaria nº 6-1977
- Varios. *Fontes hispaniaeantiquae*.
- GARCÍA SÁNCHEZ, G., *Zootecnia Especial*.
- CASTRO GARCÍA L., y BLANCO ORDÁS R., *El castro de Tariego*.
- CASTRO GARCÍA L., *Pallantia prerromana*.
- GARCÍA BELLIDO A., *España y los españoles hace dos mil años*.
- GARCÍA BELLIDO A., *25 estampas de la España antigua*.
- FRANCES L. CÁRDENA: *Mitología romana*.
- SCHULTEN A., *Los cántabros y astures y su guerra con Roma*.
- WATEMBERG F., *La región vaccea*.
- RUSELL A., *Caballos*.
- MONTENEGRO DUQUE A., *Palencia en la historia, hacia la definición de los vacceos*.
- S. RIPOLL L. y MUNICIO: *El cerro de S. Isidro de Domingo García*. *Arqueologis* nº 27.
- MELOTI, U., *El origen del hombre y de la raza humana*.
- RONAL ORTIZ F., *La basílica de Recesvinto*.
- BLANCO ORDÁS R., *Localización de una villa romana en Hontoria de Cerrato*. D.P., 13-3-75.
- BLANCO ORDÁS R., *La ganadería en la época celtibérica*. Veterinaria nº 148.



Lám. I.- Exvotos vacceos de Tariego.



Lám. II.- 1) Clip de oro celtibérico procedente de la Morterona de Saldaña.  
2) y 3) Fíbulas de bronce celtibéricas.



Lám. III.- 1) Punta de lanza afalcata. 2) Falcata. 3) Vaso del Museo de Numancia.